

BOLETÍN  
DE LA  
ACADEMIA ARGENTINA  
DE LETRAS

TOMO LXXXIX, julio-diciembre de 2014, N.º 331-332



Buenos Aires  
2017

BOLETÍN  
DE LA  
ACADEMIA ARGENTINA  
DE LETRAS

TOMO LXXIX, julio-diciembre de 2014, N.<sup>os</sup> 331-332



BUENOS AIRES  
2017

PROPIETARIO 2014 ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS  
IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Inscripción en el Registro Nacional de la  
Propiedad Intelectual N.º 5298748*

*ISSN (edición en papel) 0001-3757 / ISSN (edición en línea) 2591-2860*

## **ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS**

### **MESA DIRECTIVA**

*Presidente:* Don José Luis Moure

*Vicepresidenta:* Doña Alicia María Zorrilla

*Secretaria general:* Doña Norma Beatriz Carricaburo

*Tesorero:* Don Rolando Costa Picazo

### **ACADÉMICOS HONORARIOS**

Don José María Castiñeira de Dios

### **ACADÉMICOS DE NÚMERO**

Don Rodolfo Modern

Don Oscar Tacca

Don Santiago Kovadloff

Don Antonio Requeni

Don Pedro Luis Barcia

Doña Emilia P. de Zuleta Álvarez

Don Jorge Cruz

Don Horacio C. Reggini

Doña Olga Fernández Latour de Botas

Don Pablo Adrián Cavallero

Doña Noemí Ulla

Don Rodolfo Godino

Don Abel Posse

Don Rafael Felipe Oteriño

Don Santiago Sylvester

## ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

Doña Elena Rojas Mayer (Tucumán, Rep. Argentina)  
Don José Luis Vittori (Santa Fe, Rep. Argentina)  
Don Walter Rela (Rep. Oriental del Uruguay)  
Don Alejandro Nicotra (Córdoba, Rep. Argentina)  
Doña Luisa López Grigera (España)  
Doña Gloria Videla de Rivero (Mendoza, Rep. Argentina)  
Don Dietrich Briesemeister (Alemania)  
Don Aledo Luis Meloni (Chaco, Rep. Argentina)  
Don Oscar Caeiro (Córdoba, Rep. Argentina)  
Don Bernard Pottier (Francia)  
Don Francisco Rodríguez Adrados (España)  
Don Carlos Hugo Aparicio (Salta, Rep. Argentina)  
Don Gregorio Salvador (España)  
Don Humberto López Morales (Puerto Rico)  
Don Carlos Jones Gaye (Rep. Oriental del Uruguay)  
Don Alfredo Matus Olivier (Chile)  
Don José María Obaldía Lago (Rep. Oriental del Uruguay)  
Don Jacques Joset (Bélgica)  
Don Juan Carlos Torchia Estrada (Estados Unidos de Norteamérica)  
Don Gustav Siebenmann (Suiza)  
Don Víctor García de la Concha (España)  
Don Francisco Marcos Marín (España)  
Don Francisco Darío Villanueva Prieto (España)  
Don César Aníbal Fernández (Río Negro, Rep. Argentina)  
Doña Susana L. Martorell de Laconi (Salta, Rep. Argentina)  
Doña Ana Ester Virkel (Chubut, Rep. Argentina)  
Doña Olga Zamboni (Misiones, Rep. Argentina)  
Doña Gladys Teresa Girbal (La Pampa, Rep. Argentina)  
Doña María del Carmen Tacconi de Gómez (Tucumán, Rep. Argentina)  
Don José Andrés Rivas (Santiago del Estero, Rep. Argentina)  
Doña Elizabeth Mercedes Rigatuso (Bahía Blanca, Rep. Argentina)  
Don Miguel Ángel Garrido Gallardo (España)  
Doña Ángela Lucía Di Tullio (Neuquén, Rep. Argentina)  
Don Wilfredo Penco (Rep. Oriental del Uruguay)

Doña María Rosa Calás de Clark (Catamarca, Rep. Argentina)  
Doña Liliana Inés Cubo de Severino (Mendoza, Rep. Argentina)  
Doña Ana María Postigo de de Bedia (Jujuy, Rep. Argentina)  
Don Luis Poentitz (Entre Ríos, Rep. Argentina)  
Don Gonzalo Santonja Gómez-Agero (España)  
Don Alberto Manguel (Francia)  
Don Federico Gorbea (España)

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA  
DE LETRAS

Director: JOSÉ LUIS MOURE

Comité Asesor y de Referato

Norma Carricaburo, Rolando Costa Picazo,  
Gloria Videla de Rivero, Susana Martorell de Laconi,  
Gregorio Salvador, Manuel Seco, Humberto López Morales

**SUMARIO**

PRESENTACIÓN DE LA VIGESIMOTERCERA EDICIÓN DEL  
*DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA*

Moure, José Luis, <i>Presentación de la 23.<sup>a</sup> Edición del Diccionario de la Lengua Española</i>	283
Blecua, José Manuel, <i>Palabras del Director de la Real Academia Española</i>	289
Díaz, Alberto, Presentación del <i>Diccionario de la Lengua Española</i> , vigesimotercera edición	295

HOMENAJE A JULIO CORTÁZAR EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO. ENTREGA DEL PREMIO LITERARIO Y PREMIO ANUAL ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Requeni, Antonio, <i>Cien años de Julio Cortázar</i>	299
<i>Entrega del Premio Literario Academia Argentina de Letras</i>	
Cruz, Jorge, <i>María Granata</i>	305

ARTÍCULOS

Rigatuso, Elizabeth M., <i>Cuestiones de variación lingüística en un sistema de tratamientos del español de la Argentina. El español bonaerense 2:cambios momentáneos de tratamiento pronominal y esquemas innovadores</i>	309
--	-----

## COMUNICACIONES

Cruz, Jorge, <i>Eduardo Wilde, autobiográfico</i>	367
Zorrilla, Alicia María, <i>150.º aniversario del nacimiento de don Miguel de Unamuno (1864-1936). Centenario de la publicación de Niebla</i>	379
Latour de Botas, Olga Fernández, <i>Miradas actuales sobre Marcel Proust</i>	411
Costa Picazo, Rolando, <i>En el aniversario de Shakespeare</i>	427
Oteriño, Rafael Felipe, <i>Escribir poesía</i>	439

## REGISTRO DEL HABLA DE LOS ARGENTINOS

Voces tratadas en el seno de la Comisión Habla de los Argentinos entre julio y diciembre de 2014	443
--	-----

## NOTICIAS

Normas editoriales para la presentación de trabajos destinados al <i>Boletín de la Academia Argentina de Letras</i>	501
---	-----

ÍNDICE DEL TOMO LXXIX (2014)	507
------------------------------	-----

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS	509
--	-----

El contenido y la forma de los trabajos publicados en este *Boletín* son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Los textos incluidos en este *Boletín* podrán reproducirse con previa autorización escrita de la Academia.

La Academia no mantiene correspondencia sobre material no publicado.

Dirección postal: T. Sánchez de Bustamante 2663. C1425DVA Buenos Aires, República Argentina.

## COMUNICACIONES

EDUARDO WILDE, AUTOBIOGRÁFICO\*

Jorge Cruz

Eduardo Faustino Wilde vivió entre 1844 y 1913: sesenta y nueve años, una edad considerable para la época. Nació y murió fuera de la Argentina. Tupiza, en el sur de Bolivia, refugio de sus padres exiliados en tiempos de Rosas, fue la ciudad natal; y Bruselas, la capital de Bélgica, el último hito de su vida. El abuelo, James Spencer Wilde (originalmente Wild), emigró a la Argentina a principios del siglo XIX y fue el tronco de una prole de relevante labor pública. Él mismo, ya como Santiago Wilde, desarrolló en el país de adopción una actividad cultural importante. Naturalizado argentino, fue uno de los fundadores del periódico *El Argos*, formó parte de la Sociedad del Buen Gusto del Teatro, tradujo algunas comedias inglesas y firmó otras, propias. Su hijo, Diego Wellesley Wilde, de quien se decía que era ahijado del Duque de Wellington, se naturalizó argentino, siguió la carrera militar y con el grado de coronel murió en la Guerra del Paraguay. Su hermano Juan Antonio ejerció la medicina en Quilmes y reveló sus prendas de memorialista en un entretenido libro, lleno de interesantes noticias sobre el pasado, que no ha dejado de reeditarse: *Buenos Aires, desde setenta años atrás*. Pero fue Eduardo, hijo de Diego, el miembro más prestigioso de la familia, reconocido por la posteridad como uno de los autores más originales de su época.

Escribió entre las exigencias de actividades múltiples: además de la medicina, el periodismo, la enseñanza y la función pública como legislador, ministro y diplomático. Por eso, seguramente, Borges se refirió a “la populosa vida del doctor don Eduardo Wilde”. Fue también un observador sagaz de países próximos y lejanos. Tal multiplicidad caracterizó a no pocos hombres de letras de la llamada Generación del 80. Wilde se agrupó con quienes creían en el entonces tan difundido

\*Comunicación leída en la sesión 1372 del 10 de julio de 2014.

positivismo. En su calidad de médico, tuvo un papel importante en la lucha contra la devastadora epidemia de fiebre amarilla, en 1871, y la de cólera en 1886. Contraíó estas enfermedades, pero logró vencerlas. Como funcionario dio prioridad a la salud pública, y sobre ella escribió manuales que han quedado como testimonios de sus desvelos de higienista. Se contó entre los pediatras más autorizados de su tiempo. Además, en coincidencia con los prohombres de la Organización Nacional, fue propulsor constante de la enseñanza popular. Desde la Legislatura intervino, con la firmeza del liberal convencido que era, en debates de gran resonancia en su tiempo, como los que suscitaron el matrimonio civil y la educación laica. Su tenacidad en la promoción y defensa de las leyes correspondientes lo convirtieron en blanco de críticas, calumnias y ataques implacables. En carta al Doctor Alcorta, enviada desde el exterior, se queja con estas palabras:

“Veo que la persecución enconada contra mí aumenta con mi ausencia en vez de disminuir, así sucede con las pasiones inmotivadas e injustas; cuando más tolerancia y más pasiva resignación muestra la víctima indefensa por cualquier causa, mayor es la ira contra ella, como si su aparente indolencia fuera un incentivo o una provocación”.

Tanta inquina acentuó su escepticismo y su visión negativa del mundo. Llegó a decir, amargado, que el hombre es un “animal feroz y dañino, cruel y perverso”, y, en el colmo del pesimismo, lo señaló como “un sujeto cuyo destino es ser engañado por las mujeres, por sus amigos y por los demás hombres”. Estas palabras adquieren patético sentido si se recuerda que su mujer, veinticinco años menor, le fue infiel con el amigo y correligionario de toda la vida, el General Roca, enamorado perdido de Guillermina de Oliveira César de Wilde, una de las beldades de su tiempo. Pero el tedio de Wilde, el *spleen* romántico y decadente, no obedecía solo a causas concretas. En una carta dirigida a su cuñada Ángela Oliveira César de Costa, conocida por sus tenaces esfuerzos para gestionar la instalación del Cristo Redentor de los Andes, le escribió con negro humor: “¿Quiere noticias mías? Mire, cuando nací estaba ya aburrido de la vida y ahora a los 70 ¡calcule lo que será!”. Cercano a la muerte, no llegaría a cumplirlos. Estos rasgos del personaje conforman una personalidad compleja, inasible, contradictoria, entre fría y tierna, cuyos sentimientos se ocultaban tras la máscara de la ironía del humorista que todo lo relativiza y de todo se burla, sin soslayar el sarcasmo. Él mismo confiesa en “Recuerdos, recuerdos” [artículo re-

producido en el volumen séptimo de las obras completas] su cualidad de excéntrico, al referirse al cariño que por él sentía Nicolás Avellaneda: “... toleraba mis incongruencias y se explicaba las faltas aparentes de lógica o de correlación de mis actos”.

### Periodismo y letras

Como gran parte de los escritores del siglo XIX, Wilde se vinculó desde temprano al periodismo. Así fue forjándose su pluma, y en la prensa el político halló un ventajoso aliado. A los diecinueve años, y después de concluir sus estudios en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, ingresó en el diario *La Nación Argentina*, de José María Gutiérrez, predecesor de *La Nación* actual. Mientras estudiaba Medicina, fue redactor fugaz de *El Mosquito*, de Horacio Varela; de *El Bachiller*, periódico estudiantil; de *El Nacional*, *El Pueblo* y *La Patria*; de *El Libre Pensador* y *La Tribuna*. En 1873 asumió el cargo de director del diario *La República*, luego siguió en él como redactor y más tarde como colaborador. Artículos suyos aparecieron en *La Nación*, *El Nacional*, *La Pampa* y *Nueva Revista de Buenos Aires*; en *El Diario*, de Manuel Láinez y en *La Tribuna Nacional*, *Sud América*, *Fígaro* y *La Quincena*. Entre 1889 y 1890 envió al diario *La Prensa* las impresiones de un viaje por Europa, Rusia, Asia Menor y los Estados Unidos de Norteamérica, y más tarde, en *El Diario*, las que le sugirieron sus andanzas por Europa, el Norte de África, China y Japón. Además, durante el período en que se desempeñó como legado en los Estados Unidos, fue corresponsal de *La Tribuna*. En resumidas cuentas: casi todos los trabajos que integraron luego sus libros pasaron antes por las prensas periodísticas.

En 1870, año de su graduación, publicó, en un libro de 139 páginas, su tesis doctoral sobre el hipo. El Dr. Florencio Escardó, en el estudio dedicado a su colega, observa “que si bien lleva intercalada alguna tirada literaria, puede [...] presentarse como un modelo de rigor lógico, de seriedad en la información, de juicio clínico y de capacidad crítica”. Y añade que sus definiciones sobre el accidente respiratorio, y no digestivo como se creía, podrían figurar en un tratado actual de patología. Al margen de su obra científica, Wilde escribió artículos, cuentos, crónicas de viajes y de costumbres, comentarios bibliográficos y de crítica literaria dispersos en numerosos periódicos. ¿Qué lo movió a recoger

estas páginas? Él mismo lo explica en “Páginas muertas (borrador del prefacio de una proyectada edición)”, al mismo tiempo que aclara el sentido de la denominación:

Un día, sería como a eso de las... (te dispenso la hora), decidido a revisar mis papeles, abrí un cajón donde yacían varios manuscritos y recortes impresos que me anunciaron su lamentable estado con el olor a sepulcro de su humedad encerrada. [...], las hojas amarillentas, con sus letras penumbradas, parecían lápidas viejas con leyendas carcomidas. En vista de tan deplorables incongruencias tomé un trapo y con una metódica sacudida, puse en fuga los parásitos exóticos de mi prosa. [...]. Al remover los papeles hallé las hojas pegadas formando paquetes apelmazados; parecían restos cadavéricos amontonados en una fosa común y yo mismo me hice el efecto de estar practicando una exhumación. ¡Páginas muertas! dije, como leyendo un epitafio imaginario. [...]. Leí al acaso varios párrafos. Algunos encerraban reminiscencias de la edad dorada y de placeres desvanecidos; otros retrataban los encantos de bellezas perdidas y de afectos recíprocos, lejanos, ya enterrados, y uno finalmente contenía la corta y lamentable historia de un pobre niño que pasó de la cuna a la tumba sin conocer la vida. [Alusión a “Tini”]. ¡Todos en suma recordaban algo muerto!

Confiesa al final que su manía por la simplificación y el orden, y el fastidio que le provocaban los papeles sueltos, le impedían ver los suyos viajando de un lado a otro en manojo desiguales. Y como, “por una razón o por otra”, deseaba conservar su contenido, resolvió el conflicto reuniendo sus producciones en varios volúmenes, “previas las enmendas indispensables, aun cuando sea para leerlas yo solo, imitando a muchos autores impopulares entre cuyo número me encuentro”. Wilde no llegó a cumplir su propósito ordenador. “Páginas muertas” fue incluido en *Prometeo y Cía.*, y años después sirvió de título y de prólogo a una selección de páginas suyas editadas por Minerva, sin fecha, para la cual se utilizó, como epílogo, un trabajo de Jorge Luis Borges aparecido en *El idioma de los argentinos*.

Ocho años después de la publicación de *El hipo*, Wilde incluyó su tesis en el primer tomo de *Tiempo perdido*, su primer libro propiamente literario, cuyo título denuncia al escéptico incurable. (Es también un título característico de las letras misceláneas de la época). En el segundo tomo, el escritor y el investigador científico se alían en estudios como “Fisiología familiar de las sensaciones”, “Fisiología de la música” y

“Fisiología de la Ristori”, famosa trágica italiana de la época. Se suman en el volumen recuerdos de juventud, evocados en la semblanza de Ignacio Pirovano, compañero de facultad y de bohemia estudiantil en Buenos Aires; análisis dedicados a Hilario Ascasubi, Olegario Víctor Andrade y Juan Manuel Blanes; artículos de costumbres y las siete cartas de la desconcertante polémica con Pedro Goyena sobre la poesía, en la que, por momentos, entre ironías y paradojas, el lector duda de si Wilde habla en serio o en broma. El principal punto de debate era la utilidad de la poesía. Otro tema, el papel de la versificación, ambos negados por Wilde sin atenuantes y con desopilante insolencia. En 1892, otro libro: *Viajes y observaciones. Cartas a “La Prensa”*, y en 1899, *Prometeo y Cía.*, una de sus mejores compilaciones, en la cual figuran páginas que han persistido en las antologías, como “La lluvia”, “Tini”, “Alma callejera”, “La primera noche de cementerio”. El mismo año, finalmente, a los cincuenta y cinco, publicó *Por mares y por tierras*, nuevas crónicas de viajero. Estos cuatro libros fueron los únicos de índole literaria aparecidos en vida del autor.

### La autobiografía póstuma

Quince años después, en 1914, comenzaron a publicarse sus *Obras Completas* que, a lo largo de casi tres décadas, llegaron a abarcar diecinueve volúmenes. Fue una empresa desigual y poco rigurosa. También en 1914, un año después de su muerte, la Casa Peuser editó *Aguas abajo*, obra informal e inconclusa en cuyo umbral Wilde advierte acerca de sus muchas incongruencias y anacronismos, porque figurarán en un mismo capítulo o párrafo las ideas del sujeto que se describe correspondientes a diversas edades, algunas son el desarrollo de las primitivas, ya en el mismo sentido o en otro. Este procedimiento ha sido observado por ser más conveniente seguir la correlación de los pensamientos sobre el mismo asunto en diferentes épocas, en una sola sección, que repetir el tema en diversas partes, para mostrar las modificaciones que hubiera sufrido según las enseñanzas de la vida.

El narrador cuenta la historia de un tal Boris, bajo el cual se esconde el autor del libro. Se distinguen, pues, un autor, un personaje narrador y un personaje protagónico, caras del mismo Wilde. El personaje narrador, revisando papeles, ha encontrado una carta en la que Boris cita unos versos italianos, anónimos, que podrían considerarse el

epígrafe introductorio y la clave del sentido global de la obra, alusiva a la fugacidad del tiempo:

Il passato non è, ma ce lo pingue / La viva rimembranza. / Il futuro non è ma ce lo finge / La fervida speranza. / Il presente sol è, ma in un baleno / Fugge del nulla in seno. / Dunque la vita è appunto / Una memoria, una speranza, un punto!

El pasado no existe, pero lo pinta / la viva remembranza. / El futuro no existe, pero lo finge / la ferviente esperanza. /Sólo existe el presente, pero como un relámpago / escapa hacia la nada. / De modo que la vida es justamente / una memoria, una esperanza, un punto.

La “viva remembranza” de Wilde lo remonta a la niñez, fuente del río de la vida que se precipita “aguas abajo”. El título, pues, revive el antiguo tópico de la vida como río, cauce que el autor recorre a través del narrador que nos habla de Boris. Este, es decir Wilde, se declara “un lógico de nacimiento”; “... es un sujeto original por cuya imaginación e índole intrínseca haré algunas excursiones...”. “De todo lo que va a verse a continuación —escribe— se puede sacar un ligero perfil de la entidad psíquica de Boris, en cierta época de su vida, entre la infancia y la adolescencia”. Analiza la condición soñadora del protagonista, su tendencia a la duplicación de la personalidad y a la doble percepción.

Como el autor lo ha advertido, la sucesión temporal se esfuma, y el relato se pierde en la proliferación ensayística de temas diversos: las fechas y la historia, el pueblo (“monstruo explotable y dañino, sumiso y bravío al capricho de los vientos”). Esboza una ligera reseña sobre el cielo, el infierno y sus habitantes; sobre el origen del mundo y sobre una nueva teoría de los sexos. Descubre su espíritu de protección a los débiles, a los niños, sobre todo, y a los animales, y lo opone al sentimiento de ferocidad del hombre. En su infancia, el anticlerical confeso había participado sinceramente de las creencias arraigadas en la familia, pero la muerte de una de sus hermanas las revocó. “La verdad es que Boris, desde la muerte de Vicentita, cambió en mucha parte la índole de sus conceptos; su fe religiosa desapareció y con ella su aplicación a los sucesos de la vida”. De esas devociones de la niñez, recuerda las oraciones aprendidas entonces, pero lo hace con el escarlata del disector: pondera el Ave María y la Salve, pero juzga severamente los Mandamientos y censura la redacción del Padre Nuestro, del que propone dos versiones abreviadas.

Reconoce haber tenido desde pequeño “el sentimiento artístico muy marcado”. Todo lo valora por su grado de belleza, pero a la razón estética la acompaña “una aspiración a proteger al débil, a compadecer al que sufre”. Examina sus propias sensaciones, analiza sus sentimientos, sus relaciones de familia, de amistad, de compañerismo y, como lo apasiona la belleza femenina, rememora, al cabo de tantos años, las novias de la infancia. Describe su ciudad natal, “modesta, elemental y rara”, y la nostalgia lo lleva a revivir los juegos infantiles, las fiestas religiosas en Tupiza, los pesebres, el Carnaval, la Cuaresma, la Semana Santa, los personajes pintorescos del pueblo.

En verdad, en su última obra, la única de carácter literario programada como libro, Wilde no deja de ser misceláneo, como en el resto de sus escritos, salvo que en *Aguas abajo* las páginas están centradas en un mismo protagonista, en su infancia y en sus ideas. Hasta podría calificársela de fragmentaria en cuanto es parte de un conjunto, fijado por él de antemano, pero interrumpido por la muerte. Resulta forzado considerarla novela, a pesar de que ficcionalice hechos y pensamientos atribuyéndolos a su alter ego Boris. Más acertado es subrayar su patente carácter autobiográfico, ajustado al criterio que enuncia en la “Advertencia”: el uso anacrónico del tiempo. El autor no hilvana una trama, sino que acumula reflexiones y recuerdos. En suma, es ardua (aunque también innecesaria) su ubicación dentro de los límites genéricos tradicionales. En tal sentido, podría considerársela una expresión avanzada de la literatura, pues los nuevos tiempos, en el siglo pasado, marcaron precisamente la devaluación de los géneros como casilleros incomunicados. *Aguas abajo* fue compuesta lejos de la patria, durante el largo período de sus destinos diplomáticos, trece años que deben de haber avivado sus nostalgias. Las últimas páginas del libro fueron escritas en julio de 1913, dos meses antes de su fallecimiento.

En ese período de ausencia, la narrativa argentina se afirmó con algunas obras que trascendieron su tiempo: *La guerra gaucha* y *Las fuerzas extrañas*, de Leopoldo Lugones; los *Cuentos*, de José S. Álvarez (Fray Mocho); *El casamiento de Laucha*, *El falso inca*, *Violines y toneles*, *Pago Chico* y *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, de Roberto J. Payró; *Alma nativa*, de Martiniano Leguizamón; *El crimen de otro*, *Los perseguidos* e *Historia de un amor turbio*, de Horacio Quiroga; *Stella*, de César Duayen (que Wilde analizó en carta a Julio Llanos, desde Bruselas, en diciembre de 1905); *La gloria de Don Ramiro*, de

Enrique Larreta; *Plata dorada*, de Benito Lynch; *Los gauchos judíos*, de Alberto Gerchunoff; *El diario de Gabriel Quiroga* y *El solar de la raza*, de Manuel Gálvez; además de sendas novelas de dos cultores del naturalismo, Antonio Argerich y Francisco Sicardi, y de otros autores menos favorecidos por el interés de la crítica, como Atilio Chiappori, Carlos Octavio Bunge, Ángel de Estrada, Juan Agustín García, Godofredo Daireaux, Enrique Rivarola y Manuel Ugarte.

### Víctima del fragmentarismo

Ricardo Rojas, en su monumental *Historia de la literatura argentina*, muy influyente en su época e ineludible siempre, sitúa a Wilde entre “los prosistas fragmentarios” junto a Lucio V. Mansilla, Santiago Estrada, Miguel Cané, Bartolomé Mitre y Vedia, Fray Mocho y José María Cantilo. La denominación, además de contener un resabio diminutivo, no es precisa. El fragmento es la parte de una totalidad, y ninguno de los trabajos de Wilde y de los prosistas coetáneos es fragmentario. Tanto el célebre cuento “Tini” como el ensayo sobre el *Prometeo* del poeta Andrade, para dar dos ejemplos, constituyen, cada uno, un todo. Es verdad que Wilde, salvo su tesis sobre el hipo, *Aguas bajo* y algún tratado de su especialidad no escribió un libro centrado en un tema único, pero esta consideración puramente cuantitativa no disminuye la calidad de su prosa ni la riqueza de su inventiva.

Entre sus contemporáneos, nada menos que Sarmiento fue de los primeros en ponderar su talento. El crítico Enrique Pezzoni, en uno de los capítulos de *El texto y sus voces*, se refiere en estos términos a la entusiasta reacción del prócer en un artículo sobre *Tiempo perdido* publicado en junio de 1878, en *El Nacional*.

Elogió el desparpajo de Wilde, su falta de solemnidad, su alegre atrevimiento para divagar: “¡Lean al doctor Wilde, cuando no se propone decir nada! ¡Es entonces que se le toma sustancia!” Claro que ese decir nada es aleccionador en medio del empaque nacional: “Pero en la tribuna y en horas perdidas hará un gran servicio a su país, y es echar ‘de cuando en cuando’ un balde de agua en los lomos de estos políticos furiosos que escriben con el entrecejo fruncido y el puño crispado, y cuyas letras desgarran el papel”. Sarmiento aplaude el desenfado de Wilde “en el país de la monotonía y de lo recto, estrecho y escabroso, como las calles de Buenos Aires” y se divierte imaginando una conversación con ese enemigo del empaque: “Si alguna vez tiene tiempo que

perder, doctor Wilde, véngase por acá, y a ratos perdidos, tiéndase a la bartola en esta butaca, que no ha de faltar por ahí un ojo tuerto donde calce la pedrada”.

Algo de su propia abierta franqueza, de su menosprecio de la solemnidad y el remilgo reconocía Sarmiento en la actitud del joven doctor que arremetía contra todo, armado del bisturí de su afilada ironía. Pero, fiel a sí mismo, y con la misma franqueza, el expresidente no le mezquinó ataques al ministro Wilde, cuando llegó la ocasión de manifestarle su disentimiento.

Algunos críticos de la generación siguiente, aun reconociendo sus grandes méritos, insistieron en disminuirlo, como a los más característicos escritores de los ochenta, porque no concibieron libros orgánicos. En la línea de Rojas, Roberto F. Giusti le reprochó a Wilde no haber dejado “más que páginas sueltas y libros heterogéneos, fragmentarios o truncos”. Reconoció que tuvo “un extraordinario talento de escritor”, pero, para él, los frutos “fueron inferiores a las dotes creadoras”. Por eso habló de “malogro” y hasta, exageradamente, de “falta de vocación por las letras”. Rozando la contradicción, reconoció, sin embargo, que “la literatura argentina ha tenido en él al más original de sus humoristas”, además de ser “el que más se anticipó al arte de los modernistas...”. Su conclusión no puede ser más laudatoria: “Ningún escritor de su generación ha sido más ‘actual’ en las últimas tres décadas de este medio siglo, tanto por su actitud ante la vida como por su estilo”. Sorprendente caso del influjo que ejerció un prejuicio, el del “fragmentarismo”, en un crítico entre los mejores de su época. También Jorge Max Rohde en el Tomo III de *Las ideas estéticas en la literatura argentina* (1924), y Arturo Giménez Pastor en el Tomo II de su *Historia de la literatura argentina* (1945) insisten en lo mismo. El primero lamenta las virtudes malogradas de estos prosistas fragmentarios (Wilde hubiese podido ser un “Dickens porteño”), y el segundo caracteriza a la obra del autor como “cosecha de producción fragmentaria en general, talento disperso en páginas de conversación humorística y burlesca”.

La crítica posterior tendió a desatarse del prejuicio. Hasta el inconformable Borges, en el estudio epílogo de una de las antologías de la obra del escritor, llegó a decir que “fue autor de muchas páginas quizá inmortales”. En este caso, el cauto adverbio de duda no rebaja la consideración que implica el incommensurable adjetivo. A mi modo de ver, y a pesar de la curiosidad que despierta su libro póstumo y de su interés

autobiográfico, lo mejor de la obra de Wilde está en sus compilaciones de ensayos y artículos, y, sobre todo, en los que integran *Prometeo y Cía.*, reservorio de sus páginas más perdurables.

### Nota bibliográfica

- ARA, GUILLERMO. “Introducción, notas y vocabulario”. En WILDE, EDUARDO. *Tiempo perdido. Trabajos médicos y literarios*. Buenos Aires: Librería del Colegio, 1967, pp. 5-40.
- ARA, GUILLERMO. “Introducción”. En WILDE, EDUARDO. *Aguas abajo*. Buenos Aires: Colección Clásicos Huemul, 1964, pp. 32-42.
- ARRIETA, RAFAEL ALBERTO. “Eduardo Wilde”. En *Diccionario de la literatura latinoamericana. Argentina: Primera parte*. Washington, Unión Panamericana, 1960, pp. 189-192.
- AUZA, NÉSTOR TOMÁS. *Católicos y liberales en la generación del ochenta*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas. Ministerio de Cultura y Educación, 1975. 617 p.
- BIAGINI, HUGO E. *La generación del ochenta. Cultura y política*. Buenos Aires: Losada, 1995. 170 p.
- BORGES, JORGE LUIS. “Eduardo Wilde”. En su *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Manuel Gleizer, 1928, pp. 155-172.
- BUFFA PEYROT, YOLANDA H. *Eduardo Wilde*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, Bibliografía Argentina de Artes y Letras, 1967. 103 p.
- CAMPANELLA, HEBE NOEMÍ. *La generación del 80. Su influencia en la vida cultural argentina*. Buenos Aires: Editorial Tekné, 1983. 205 p.
- ECHAGÜE, JUAN PABLO. “Eduardo Wilde”. En *Escritores de la Argentina*. Buenos Aires: Emecé, 1945, pp. 109-135.
- ESCARDÓ, FLORENCIO. *Eduardo Wilde*. Buenos Aires: Santiago Rueda-Editor. 136 p.
- FRITZSCHE, TERESITA FRUGONI DE. “Con resúmenes históricos, bibliográficos y literarios; notas explicativas; bibliografía, juicios sobre el autor y sus obras, y temas de estudio”. En WILDE, EDUARDO. *Cuentos y otras páginas*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1965, pp. 9-25.
- FRITZSCHE, TERESITA FRUGONI DE. “Eduardo Wilde o los privilegios de la imaginación”. En *Estudios de Literatura Argentina*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas”, 1982, pp. 97-155.

- GARCIA MÉROU, MARTÍN. “Sobre Wilde y Manuel Láinez”. En *Recuerdos literarios*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915, pp. 319-327.
- GIMÉNEZ PASTOR, ARTURO. “Wilde”. En su *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires-Montevideo: Editorial Labor, Tomo II, pp. 371-374.
- GIUSTI, ROBERTO F. “La prosa de la Generación del 80”. En *Historia de la literatura argentina*. Director: Rafael Alberto Arrieta. Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1959, Tomo III, pp. 379-382.
- GONZÁLEZ, JOAQUÍN V. “Dr. Eduardo Wilde”. En *Bronce y lienzo*. Buenos Aires: La Facultad, 1920, pp. 89-94.
- JITRIK , NOÉ. *El Mundo del Ochenta*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1882. 100 p.
- LANUZA, JOSÉ LUIS. *El humorismo en la literatura argentina*. Buenos Aires: Cuadernos del Fondo Nacional de las Artes, 1973. 176 p.
- LÓPEZ, MARIO JUSTO. *La empresa política de la Generación de 1880*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1982. 291 p.
- LUNA, FÉLIX. *Soy Roca*. Buenos Aires: Sudamericana, 1989. 496 p.
- MELIÁN LAFINUR, ÁLVARO. “Clima intelectual de la generación del 80”. *La Nación*. Suplemento Literario. Buenos Aires, 25 de mayo de 1952, p.1.
- MENDEZ CALZADA, ENRIQUE. *El humorismo en la literatura argentina*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas”, 1962. 42 p.
- MONNER SANS, JOSÉ MARÍA. “Eduardo Wilde”. En WILDE, EDUARDO. *Páginas escogidas*. Selección, prólogo y notas. Buenos Aires: Ángel Estrada, 1939, pp. 7-18.
- MONTERO, BELISARIO J. *Ensayo sobre filosofía y arte: de mi diario*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Schenone Hnos. 396 p.
- MONTERO, BELISARIO J. “Introducción”. En EDUARDO WILDE. *El hipo*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1924, pp. 7-43.
- PERKINS, CARMEN PEERS DE. *Crónicas del joven siglo: cartas de Roca y Wilde*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1976. 113 p.
- PEZZONI, ENRIQUE. “Eduardo Wilde: lo natural como distancia”. En su *El texto y sus voces*. Buenos Aires: Sudamericana, 1986, pp. 246-262.
- PONCE, ANÍBAL. “Eduardo Wilde”. En *La vejez de Sarmiento*. Buenos Aires: L.J. Rosso, 1927, pp. 177-194.
- PRIETO, ADOLFO. En su *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982, pp. 159-162.

- QUIROGA, MARCIAL I. “Los Wilde en la Argentina”. Buenos Aires: *Revista de la Biblioteca Nacional*. Año II, N.º 3, 1983, pp. 9-20.
- ROHDE, JORGE MAX. “El naturalismo”. En su *Las ideas estéticas en la literatura argentina*. Buenos Aires: Librería “La Facultad”, 1924, pp. 254-257.
- ROJAS, RICARDO. “Los prosistas fragmentarios”. En *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1948, *Los Modernos*, Tomo II, pp. 447-455.
- ROMANO, EDUARDO. “Prólogo”. En WILDE, EDUARDO. *Aguas abajo*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, s/f, pp. 11-22.
- ROMERO, JOSÉ LUIS. “El legado del siglo XX: La obra de la generación del 80”. En su *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1965, pp. 9-46.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. “Tiempo perdido”. En EDUARDO WILDE. *Tiempo perdido*. Buenos Aires: 1931, pp. 8-17. Aparecido en *El Nacional*, el 25 de junio de 1878.
- SOLARI, JUAN ANTONIO. *Eduardo Wilde y el laicismo argentino*. Buenos Aires: Liga Argentina de Cultura Laica, 1948. 64 p.
- TERÁN, OSCAR. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008. 307 p.
- VERGARA DE BIETTI, NOEMÍ. “Eduardo Wilde, padre del humorismo argentino”. En su *Humoristas del Ochenta*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1976, pp. 19-38.
- YAHNI, ROBERTO. “Wilde, Eduardo”. En su *Enciclopedia de la literatura argentina*, en colaboración con Pedro Orgambide. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1970, pp. 631-634.
- WILDE, EDUARDO. *Cosas mías y ajenas*. Obras Completas, volumen x. Buenos Aires: Imprenta J. Belmonte, 1939. 277 p.
- ZANETTI, SUSANA. “Eduardo Wilde”. En *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980-1986. Tomo II, pp. 132-144.
- Eduardo Wilde 1844-1913*. Buenos Aires: Talleres Casa Jacobo Peuser, 1914. 69 p.

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Sánchez de Bustamante 2663  
C1425DVA — Buenos Aires  
Tel./Fax: 4802-3814 / 2408 / 7509

Portal de la Academia:  
[www.aal.edu.ar](http://www.aal.edu.ar)

Portal de la Academia en la  
BIBLIOTECA VIRTUAL *MIGUEL DE CERVANTES*:  
[www.cervantesvirtual.com/portal/AAL](http://www.cervantesvirtual.com/portal/AAL)

Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales:  
*presidencia@aal.edu.ar*  
*secretaria.general@aal.edu.ar*  
*aaldespa@fibertel.com.ar*

Biblioteca:  
*biblioteca@aal.edu.ar*  
*aalbibl@fibertel.com.ar*

Departamento de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas:  
*investigaciones@aal.edu.ar*  
*consultas@aal.edu.ar*  
*nombres.propios@aal.edu.ar*

Departamento de Administración:  
*administracion@aal.edu.ar*  
*publicaciones@aal.edu.ar*  
*aaladmin@fibertel.com.ar*

Correctora:  
María Cristina Armelin

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken  
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires  
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300  
E-mail: [info@dunken.com.ar](mailto:info@dunken.com.ar)  
[www.dunken.com.ar](http://www.dunken.com.ar)  
Febrero de 2017